



Allá irá pues el labriego, con su yunta bien pertrechada, dispuestos los ánimos, aunque todos no bien recuperados del durísimo trabajo de la era.

Un día de siembra

Pasadas las fiestas del mes de septiembre, apenas comenzado el mes, los hay impacientes por iniciar esas labores de siembra de invierno. Hay que aprovechar el buen tempero reinante o, porque igual da, si no hay tempero ni se pudo binar a su tiempo, por falta de agua o por mucha agua; que el terreno ha salido del verano en óptimas condiciones para comenzar a esparcir por él el grano, que así comience a germinar pronto y le cojan con fuerza los tempranos fríos si llegan; o que hay que arriesgar también, si el verano dejó los campos como tristes desiertos a fuerza de tanta sequía, pero que no queda más remedio si se quiere seguir siendo; que también a veces y con frecuencia, da buenos resultados la aventura, sembrar en seco, que luego ya vendrán las lluvias benefactoras y al menos el grano que quedó bien enterrado, saldrá lozano a la superficie, cogerá fuerza suficiente, antes de que el blanco e inmaculado manto de la nieve lo cubra por largo tiempo.

Y si no se pudiera sembrar ahora, que de todo ocurre, cargados de resignación y paciencia, de la que siempre tuvieron los labriegos, quedarán esos campos a la espera de mejores tiempos y en ellos se procurará sembrar especies de ciclo corto. Que el tiempo y la vida misma forzó maestros y no quedará trozo, a buen seguro, que no dé su fruto al sufrido labrador. Porque el día se presenta en una exuberancia

y magnificencia que da gloria salir al campo. En estos días mediado este mes de septiembre, y entre un largo verano que comienza a apagarse mansamente y un otoño que se adivina ya a las mismas puertas. O con los fragores propios también de ese mes loquillo, tan dado a los tremendos cambios, a las complacencias, a los disgustos, con su cambiante climatología, como algo que se resiste a morir, para dar paso a otra vida nueva, estertores tremebundos a veces, paz perfumada otras, de este septiembre.

Allá irá pues el labriego, con su yunta bien pertrechada, dispuestos los ánimos, aunque todos no bien recuperados del durísimo trabajo de la era. Pero parte contento nuestro hombre, alforja bien surtida de ilusiones nuevas que se agolpan en su mente; granos robustos portadores de esperanzas; alegrías y esperanzas juntas, sudor, vida, que caerá sobre la reseca tierra y se mezclará con el polvo caliente; sobre una tierra siempre receptiva y tan generosa como puede, que pagará con gracia pronto a quienes esperan tanto de su fecundidad.

Y en este día de septiembre, de octubre o quizás más tarde, qué más da; días de ambientes dispares en su climatología, que tan poderosamente condicionan al labrador, habrá que ser sincero consigo mismo, una vez más y convencido de que se es portador de nueva vida, administrar con cariño y con energía la semilla. Mirada firme y serena a los dominios extensos, al suelo que se pisa con cuidado, a ese pequeño entorno que conforman esas reducidas posesiones.

Surcos, largos, rectos, uniformes

Surcos larguísimos rectos, uniformes, para que luego no digan, que se pierden de vista en el horizonte; retorcidos y cortos, deformes, sobre las innumerables chepas; que serpentean y se encaraman ladera arriba, huyendo presurosos de la vaguada su enemiga.

Y el labriego que canta a ratos, eufórico de su trabajo bien hecho, que arrea con cariño a la yunta que le entiende y a ratos grita y desafora, que las bestias hasta se extrañan, que piensa que algo no le sale bien y hasta se lía a pedradas con aquellos bellísimos e indefensos pajarillos que durante todo el día le siguen, surco adelante, surco atrás, buscando gusanillos para nutrirse y que él cree que le están robando el grano, o se hace amigo de ellos, que casi se dejan tocar y luego les tira migas de pan, que quiere pagar así el bien que le hacen siendo sus amigos del día.

Haciendo camino siempre, hacia delante, hacia atrás; siempre un ir y venir que cansa y aburre y desespera; encorvado mientras

sujeta con la fuerza que puede, con cariño, con rabia, con debilidad, según, la esteva del arado romo ya de tanto arañar, enterrador de ilusiones y esperanzas, anhelos, lágrimas y arranca hasta hacer brotar la sangre de las manos callosas, duras, las malas hierbas que a su paso se resisten a morir.

Hay siempre, cada año, cada vez, un partir, un aguantar, un retorno, lleno de tesón, de fe, de ilusiones renovadas que se sienten, que transforman el duro esfuerzo del largo día en fresca caricia que llena el alma.

Y a la tarde la vuelta, acabado el día, henchido el pecho, el deber cumplido, que ya una nueva vida se ha plantado, va a comenzar allá abajo, en el seno de la amiga tierra. Tierra adorada, por igual alabada y denostada, a la que tanto se le ha pedido hoy, en este día de siembra.

Publicado en el Diario de Teruel, el 17 de agosto de 1.990



Marceliano Sánchez Villalba, Sembrando en la Senda de los Quemados (Bezas)